

Caroline Schlegel-Schelling y Rahel Levin Varnhagen. Repensar el papel de lo femenino para una cultura duradera

Catalina Elena Dobre*

Universidad Anáhuac, Mexico

Resumen: Nos proponemos una reflexión sobre cómo deberíamos entender el papel de lo femenino en nuestra sociedad contemporánea, en relación al estudio de las vidas y las ideas de dos mujeres importantes para la cultura alemana de final de siglo XVIII e inicio del siglo XIX: Caroline Schlegel y Rahel Levin Varnhagen. El artículo se enfoca en resaltar la importancia de la formación y el cultivo de las capacidades espirituales de estas dos mujeres que lograron en su época volverse figuras muy respetadas y apreciadas por los grandes filósofos románticos, con la intención de transmitir que la “cuestión femenina” no se puede reducir a un asunto de meros derechos y política.

Palabras clave: Rahel Varnhagen; Caroline Schlegel; femenino; cultura; inteligencia.

*Email: katalina.elena@yahoo.com.mx

ISSN 2533-0675

JPC © 2018

DOI: 10.17605/OSF.IO/XQ4GU

journalpc.org

1. Una mirada general sobre ‘la cuestión femenina’

Cualquiera estaría de acuerdo que en el siglo XXI lo femenino se ha vuelto un tema muy debatido desde un punto de vista político e ideológico, dando lugar a un pensamiento feminista activista que defiende los derechos de la mujer, labor muy valiosa, pero que muchas veces llega a un extremo difícil ya de controlar. Vivimos en una sociedad en la cual el papel de la mujer tiene identidad social y un lugar preferencial en muchos países — esto debido al esfuerzo de las mujeres de afirmar su valor e inteligencia con todos los riesgos. En los últimos 50 años las mujeres han logrado una emancipación social sumamente válida, ocupando posiciones cada vez más accesibles y que antes pertenecían solo a la esfera de lo masculino. El hecho de que las mujeres pueden estudiar, puede manifestarse de manera libre, pueden afirmar su personalidad e inteligencia representa, sin duda una conquista y que ya no tiene manera de retroceder.

Sin embargo, en las últimas décadas, se ha producido lo que Gilles Lipovetsky llamó con razón una “progresión de las mujeres” fomentada por la cultura competitiva y del éxito, cuya consecuencia ha sido más la confusión. Según lo que entiendo, en este afán de afirmar sus derechos la mujer ha determinado la creación de un falso enemigo; es decir “lo masculino”. La mujer empieza a ver en el hombre una competencia (que se puede justificar, considerando tantos siglos de “opresión” por parte de lo masculino hacia cualquier intento de manifestar algún signo de inteligencia femenina). Sin embargo, si hoy somos testigos del “feminine-power”, sería un signo de gran inteligencia por parte de las mujeres comprender que lo masculino no representa un “enemigo”, sino un complemento y viceversa. Hombre y mujer, aunque son naturalezas diferentes, con carac-

terísticas peculiares, son iguales desde un punto de vista de la inteligencia. La inteligencia, el amor, el respeto etc., no tienen género, son modos del ser de la naturaleza humana, mediante las cuales una persona puede edificarse a sí mismas. Por lo que resulta un sinsentido luchar por la primacía. Pero esta radicalización de lo femenino ha dado lugar, desafortunadamente, a un modo de pensar y vivir la realidad, que últimamente afecta nuestras relaciones interhumanas.

La mujer, al olvidarse de su naturaleza y de sus virtudes, se ha transformado en una “tercera mujer” que intenta reconciliar a la mujer nueva con la siempre repetida (Lipovetsky 1999, p. 12). Hoy en día, cuando la mujer tiene ya un papel en la esfera pública (identificada en el curso de la historia con lo masculino), debería recordar que su presencia en este ámbito no implica una desgastante competencia y lucha contra lo masculino, sino una labor que tiene que ver con su naturaleza: es decir, ser siempre una fuente de sensibilidad e inspiración, manifestando con refinamiento su inteligencia.

En el contexto actual, en la cual la ideología de género toma cada vez más amplitud, es importante saber que el futuro no se puede construir sin el pasado. Recordar tanto lo negativo como lo positivo de esta historia de lo femenino, y entender que la presencia de las mujeres en la esfera pública debe ser acompañada de un conocimiento de la historia y de la tradición para entender que el modo en el cual las mujeres de otras épocas lucharon para la emancipación fue mediante la educación, mediante la formación y mediante la cultura.

Cuando en a finales del siglo XVIII empieza ponerse en discusión el tema de la “cuestión femenina” debatida por varios filósofos (desde Rousseau, a Saint-Simon, hasta Kant, Fichte, Hippiel, Schleiermacher o

Schlegel) las mujeres de aquella época entendieron que la mejor manera de defender lo femenino y luchar por su libertad era mediante la formación del carácter. Se sabían poseedoras del Witz, de un ingenio específico a la naturaleza femenina, y supieron cultivar sus capacidades espirituales sin las cuales hubiera sido imposible lograr su independencia.

Las mujeres que contribuyeron a la formación de la cultura alemana son varias, pero entre ellas elegí hablar en estas páginas sobre Caroline Schlegel-Schelling y Rahel Levin Varnhagen, mujeres que lograron remarcarse como intelectuales y fueron la inspiración de muchos filósofos y escritores; mujeres que, con dignidad y sutileza, conquistaron su lugar representando un punto clave para el desarrollo de la vida cultural de Alemania de final de siglo XVIII e inicio del siglo XIX.

2. El aporte de las mujeres a la creación de la cultura

El final del siglo XVIII e inicio del siglo XIX, en Prusia, representa una ‘explosión’ de mujeres escritoras que se atrevieron a tomar la pluma para defender sus sueños, ideales y convicciones. Fueron las mujeres de esta época quienes lograron crear nuevos temas e inclusive nuevos estilos literarios que los grandes escritores adoptaron sin, a veces, reconocer el valor de sus contemporáneas. Eran mujeres de tipología diferente; algunas judías, algunas cristianas; algunas ricas, algunas no tanto, pero también mujeres con puntos de vista diferentes, asunto todavía más enriquecedor que hizo que cada una sea única en un cierto sentido, aunque las unían la misma ‘batalla’. Este atrevimiento no fue muy bien recibido, pero no pasó desapercibida su presencia en los círculos intelectu-

ales de la época donde llegaron a ser admiradas. ¿Cuántos saben hoy que, tras una de las novelas más leídas de Goethe, que tras *Las penas del joven Werther* se esconde el estilo de Sophie von LaRoche? ¿Cuántos saben que antes de los hermanos Grimm, fue una mujer, Benedikte Naubert, quién escribió cuentos? ¿Quién sabe que tras muchas ideas del filósofo Friedrich Schlegel está la inteligencia de dos mujeres Dorothea Veit y Caroline Schlegel-Schelling?

Es verdad que estas mujeres tuvieron la suerte de vivir en unos tiempos muy prolíficos desde un punto de vista cultural — la época después de la revolución francesa, el final de la ilustración, el romanticismo y la ‘época de Goethe’ — pero muy difíciles desde un punto de vista ‘moral’ y social. Se trata de una tensión que tuvieron que confrontar entre la pasión interna por la cultura y la limitación externa por ser mujeres. Una de ellas, al darse cuenta de la dificultad que debería afrontar una mujer entregada al arte de escribir, decía en 1792: “Para producir arte, para ser capaz de escribir bien y útil, no cabe duda, es una tarea tan infinitamente exigente y los numerosos ataques públicos, la crítica amarga, el perjuicio dirigido a los escritos de las mujeres, los celos, los ataques personales contra la mujer escritora, son mucho mayores que el poco de gloria y vanidad satisfecha” (Blackwell-Zantop 1990, p. 9).

Para las mujeres de Alemania de final del siglo XVIII e inicios del siglo XIX, fue muy importante la formación de su carácter considerado la clave para vivir desde la libertad. Por lo que lucharon para tener derecho a vivir en relación con el ideal de lograr la nobleza del espíritu. Su arma más feroz y más peligrosa, fue la escritura. No gritaron para exigir derechos; sólo escribían y mediante la inteligencia y el ingenio, lograron destacarse en el arte de la conversación, así como en conversaciones sobre la literatu-

ra, la filosofía, la música o el teatro y ser admiradas y valoradas por varios intelectuales del momento.

Caroline Schlegel pone las bases de lo que se llamó el “Círculo Romántico de Jena” y Rahel Varnhagen contribuye, por un lado, a dar continuidad al Humanismo Ilustrado y, por otro, es la anfitriona de dos de los más grandes salones culturales de la época. Las dos, mediante la inteligencia y el ingenio (Witz), contribuyeron al desarrollo de la cultura mediante el ideal del *Bildung* en Alemania de finales de siglo XVIII e inicios del XIX, y también contribuyeron a poner las bases de una filosofía de la comunidad, retomada en el siglo XX por los filósofos representantes del humanismo hebreo y el personalismo.

Llegar a estos logros no fue un camino fácil ya que al final del siglo XVIII el estatus de la mujer no era muy permisivo. Las mujeres que se atrevían a romper con las normas morales, para llevar una vida libre y para dedicarse a la escritura, eran marginadas. A pesar de la moral común, varios filósofos del momento discuten el papel de la mujer en la sociedad y en el matrimonio. Y, mientras que Immanuel Kant pensaba que la esfera de la mujer es la vida doméstica y su papel es servir para procrear la especie, los demás filósofos se mostraron más innovadores, ofreciendo a la mujer la oportunidad de ser ella misma y romper con el “orden establecido”.

Toda esta transformación se debe, en parte, al hecho de que con la aparición de la nueva sociedad burguesa y con transformaciones tanto sociales como culturales, la mujer, que hasta entonces era una ausencia remarkable de la vida social, se hace presente ganando, poco a poco, su autonomía mediante un proceso lento, pero que, al fin y al cabo, dio resultados. La vida de la mujer ya no se limita al hogar y a la familia; logra, mediante

esfuerzos, salir de esta marginación a la cual fue condenada tantas épocas y, alrededor de 1860, una vez que se pone en marcha el movimiento romántico, se inicia también el proceso de liberación y emancipación de la mujer con su presencia en la vida pública y participando en varias actividades sociales y culturales.

Aunque muchas de las mujeres que empiezan a tener una implicación pública, no se educaron en escuelas — ya que, en aquel momento, las mujeres no eran aceptadas para estudiar en universidades — heredaron la enseñanza de sus padres o tutores privados y tuvieron como modelos a los intelectuales de la Ilustración. Ellen Key, en su escrito *Rahel Varnhagen. A Portrait*, afirma que estas mujeres en particular mostraron un interés intelectual peculiar, pero también una pasión para la idea de la *Bildung*, logrando así la transformación de su propio destino (Key 1913, pp. 8-9).

En otras palabras, la mujer empieza a tener los recursos necesarios para reconocerse a sí misma como persona capaz de valer por sus fuerzas y capacidades. Esta necesidad determinó a varias de ellas a buscar las maneras de afirmar su inteligencia, su dignidad y su valor. El medio más cercano para poder afirmarse fue la escritura, así como la fundación de salones literarios, donde se podían expresar y ser apreciadas. Si algo de vida cultural existía en el Berlín de aquellos tiempos se debía a estas mujeres cultas y abiertas hacia la emancipación que se volvieron las líderes del desarrollo de la cultura alemana.

Debido a la existencia de estos salones, se promueve una nueva manera de formación: la *Bildung*, entendida como una auto-educación, como cultivación del espíritu que no representaba alguna clase social en particular. Era entendido como un signo de nobleza, pero de nobleza espiritual, formándose así una nueva clase, la *Intelligentsia*, que se caracteri-

zaba no por un rango social, sino por la nobleza del espíritu que se lograba mediante la educación y la cultura.

Dentro de la cultura alemana, la *Bildung* se relaciona en especial con Goethe y Schiller, con ellos después los románticos Friedrich Schlegel y Friedrich Schleiermacher, aunque el concepto ya le era familiar a Kant quién en cuanto el tema de la educación hablaba sobre el cultivo de los talentos. Sin embargo, el concepto de *Bildung* tiene raíces, como menciona Michel Fabre, “en la mística medieval según la cual el hombre llevaba en su alma la imagen (*Bild*) de Dios, a partir de la cual ha sido creado y la cual debe desarrollar” (Fabre 2011, p. 215) y hay muchos otros autores que reconocen las raíces pietistas de la *Bildung*, pero algo es seguro: en aquel contexto “la *Bildung* era entendida como una antítesis al utilitarismo y a la moral rígida” (Bruford 1975, p. 82).

Casi nunca se considera la aportación de las mujeres escritoras de esta época en relación a la *Bildung*, ya que la mayoría se limita a relacionarlo con la literatura masculina, en especial con Goethe. Sin embargo, a nuestro modo de entender, las mujeres de esta época contribuyeron, mediante la escritura y los salones, cuyas anfitrionas eran, al desarrollo de este tipo peculiar de formación.

Este reconocimiento es bastante reciente ya que el valor de la escritura de muchas de estas mujeres fue ignorado por casi 200 años. Desde la mitad del siglo XX se trató de juntar en varios tipos de antologías algo de sus aportaciones, pero, por lo general, su pensamiento fue olvidado o intencionadamente ignorado. Lorely French sostiene que esta ignorancia intencionada se debe al modo arbitrario con las cual estas cartas fueron clasificadas en el curso del tiempo, ya que la mayoría de los editores de antologías las clasificaron como “cartas de amor” publicadas sólo en la

medida en la cual resaltaban la vida de algún pensador famoso (French 1996, p. 29). Por reflejar la vida privada de las mujeres, sus sentimientos y, a veces, su vida doméstica, estas cartas fueron consideradas sin relevancia alguna¹. Sin embargo, la misma Lorely French afirma que los pasajes en los cuales las mujeres describen su vida doméstica o sus problemas personales pueden representar un importante testimonio que refleja la relación entre la creatividad y sus vidas (French 1996, p. 30).

Lo más interesante es este prejuicio de ver en las cartas nada más que “cartas de amor”, cuando la mayoría son cartas que reflejan la inteligencia de estas mujeres, capaces de crear ideas que contribuyeron a la cultura de su tiempo y al desarrollo de varias ideas filosóficas.

3. Caroline Schlegel-Schelling y el Círculo de Jena

Caroline Schlegel-Schelling es considerada un personaje interesante al cual el romanticismo de Jena le debe casi todo, ya que el “Círculo de Jena” fue creado, en parte, por su decisión. Es autora de más de 400 cartas y se destacó entre las mujeres de su tiempo por su

¹ Fue el caso, por ejemplo, de las cartas entre Dorothea Veit y Friedrich Schlegel que consideradas por un editor al ser demasiado triviales por hablar de la vida privada de uno o de otro, fueron excluidas de una antología, lo que desde nuestro punto de vista representa un grave error ya que precisamente esta vida “privada”, sus vivencias diarias, sus sentimientos son importantes para reconstruir su modo de pensar. Este afán de “limpiar” a los grandes autores, como por ejemplo a Friedrich Schlegel, de la vida privada no tiene sentido, ya que muchas veces, precisamente en las reflexiones en relación con sus vidas privadas, se encuentran las raíces de su propia creación.

labor de difundir un modo peculiar de pensar y de escribir donde el arte y el conocimiento deben estar relacionados con la experiencia de la vida. Esta aura de escritora de su tiempo se logró después de una vida no muy fácil y tras un profundo sufrimiento provocado por una rígida mentalidad. Sin embargo, es precisamente este sufrimiento lo que provocó en Caroline escribir con un lenguaje apasionado que no sólo atrajo la admiración de su época, sino que aún hoy impacta.

En general, sobre esta mujer, se sabe bastante poco, en comparación con lo que se merece, ya que fue una figura muy importante en su época y tuvo un papel fundamental para el pensamiento de los románticos; en especial para los hermanos Schlegel. Se sabe que perteneció al Círculo romántico de Jena y que tuvo una gran influencia sobre Friedrich Schlegel; se casó con el hermano de éste, August Wilhelm Schlegel, para después ser la esposa del famoso filósofo Schelling. Como afirma Sara Friedrichsmeyer debido a estas relaciones con filósofos tan famosos, se reduce la importancia de Caroline y se descuida su propia labor y su propia obra pocos sabiendo de su aporte a la filosofía romántica. (Friedrichsmeyer 1992, p. 116).

La vida de Caroline no fue fácil, ya que no sólo llegó a ser la esposa de famosos intelectuales, pero fue también la hija de un famoso orientalista y teólogo Johann David Michaelis, profesor en Göttingen considerado en aquel momento la ciudad de la Ilustración, donde ella misma nace en el día de 2 de septiembre de 1763. Es en esta ciudad donde pasa su infancia, siendo educada por su propio padre y también por varios tutores. Como la mayoría de las mujeres de clase medio-alta de su tiempo, Caroline llegó a ser muy educada, de tal manera que sabía varios idiomas

(francés, italiano e inglés) así como era una conocedora de la literatura europea y del teatro.

Como joven mujer siempre luchó por su independencia en relación con las limitaciones sociales. Soñaba no casarse y servir al mundo de otra manera, así como expresaba en una carta a una amiga cercana (Friedrichsmeyer 1992, p. 116); es decir soñaba con ser una mujer dedicada al pensamiento. Pero en 1785 se casa, más por presión de la familia, con un médico, cuyo nombre era Johann Franz Wilhelm Böhmer y con él cual tendrá dos hijos. El más pequeño morirá después de unas semanas de vida.

Las cartas de esta época, de su primer matrimonio, reflejan una mujer que añoraba con nostalgia haber hecho algo más importante en la vida; en otras palabras, sufre tremendamente por falta de estimulación intelectual. Pero su matrimonio no duró mucho y esta situación de vivir atrapada en una relación no deseada, se acaba con la muerte repentina de su esposo.

Viuda, Caroline decide disfrutar de su independencia y entregarse a sus intereses intelectuales, teniendo una mirada crítica hacia la sociedad en la cual vivía. No cabe duda que Caroline no era el tipo de mujer para la vida doméstica; en ella se creaban sueños y nacían ideales, por lo cual no es una sorpresa verla comprometida con los nuevos ideales de la época, meterse en la vida política de aquel momento, inclusive acabar, por un tiempo, en prisión (Friedrichsmeyer 1992, p. 118). Debido a este tipo de compromiso y de forma de vida, poco común para una mujer en aquella época, ya que la sociedad no aceptaba una mujer en la vida política, Caroline fue rechazada y criticada por muchos de sus contemporáneos.

En 1796 se casa con Ausgüt Wilhelm Schlege y decide abrir su casa transformándola en el “lugar de encuentros para un grupo de poetas e intelectuales quienes querían crear un nuevo tipo de arte” (French 1996, p. 119). Es aquí, en Jena, donde Caroline se implica en la actividad de los románticos que se reunían alrededor de la revista *Athenäum* y se implica en la traducción de Shakespeare. Sara Friederichsmeyer considera que sin Caroline no hubiera existido el Círculo de Jena, así como lo conocemos hoy, afirmando que: “fue ella quién ayudó a crear este círculo en concordancia con aquello que pensaba importante para ella y para la sociedad” (Friederichsmeyer 1992, p. 132).

Su casa se vuelve el centro de actividad de los románticos visitada en especial por Novalis, Friedrich Schleiermacher y los hermanos Schlegel. Aunque casada, por salvar unas apariencias, con Wilhelm Schlegel, es a su hermano Friedrich Schlegel a quien esta mujer le produjo una gran impresión, de tal modo que parte de su obra surge del diálogo que tenía con Caroline. Parte de este diálogo se guardó en algunas cartas intercambiadas entre ellos; cartas llenas de reflexiones e ideas relacionadas con las del romanticismo. Para Friedrich Schlegel, Caroline no era sólo un interlocutor de diálogo, sino que muchas veces era su guía, ya que era ella quien se encargaba varias veces de sugerirle ciertas lecturas. En una carta de 1795 afirmaba: “Fritz, hay dos libros que debes leer, y si mal no recuerdo, uno de ellos representa la sustancia del conocimiento. Y eso es el libro de Condorcet². Él pertenece a tu campo de interés, en la medida en que deseas definir las etapas de la cultura de una nación y el valor de esta cultura más en contra del concepto que somos capaces de formular

² Se trata de Marie Jean Antoine Nicolas Caritat Marquis de Condorcet, *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain* (1795).

sobre la temprana perfección humana. Aunque Condorcet, no sabe nada de lo que tu concibes la única y magnífica transición individual, sí sabe infinitamente más de lo que jamás soñamos los dos sobre la oscilación en el infinito...” (Carta 152; KFSa, 23:2335-26).

Se observa en estas líneas la capacidad de comprensión y análisis de esta mujer y a la vez su conocimiento de las ideas de su época. No extraña que, atraído por su inteligencia, el mismo Friedrich Schlegel va a dedicar partes de su escrito *Lucinde* a la caracterización de ella (Blackwell-Zantop 1990, p. 282). Por lo cual, el personaje *Lucinde*, de la novela con el mismo nombre, tiene algo de *Caroline*, una mezcla sensualidad y de espíritu. De hecho, a Schlegel le interesaba más las ideas y consejos de *Caroline* que de su propio hermano. En una carta de 1799 afirma lo siguiente: “Estoy muy agradecido por tu interés y juicio sobre *Lucinde* y, entre nosotros, me gustaría confesar que al menos, por ahora, yo estaba esperando más tu aprobación que la de *Wilhelm*” (Carta 225; KFSa 24:252-55).

Se recuerda a *Caroline* como una mujer que toda la vida tuvo el interés de que la mujer sea vista como un ser humano, representando lo que la sociedad de entonces quería separar: ser mujer, madre e intelectual. A pesar de todo lo que tuvo que enfrentar vivió su sueño de luchar para la idea de libertad. El mensaje de su escritura es el tema de la sociabilidad que para ella debería ser “una relación dialógica entre individuos” para así poder formar una comunidad. (Friedrichsmeyer 1992, p. 131). *Caroline* se destaca por la fuerza de su carácter, así como la determinación de romper prejuicios y de lucha contra una doble moral, mediante la inteligencia. En relación a esto, el mismo Friedrich Schlegel remarcaba la superioridad de su inteligencia. Es autora de una obra epistolar, igual que las otras contemporáneas. Su correspondencia, bastante extensa, empieza

en el año 1778 y duró hasta el año de su muerte, 1809. Se carteo con varias personalidades de la época — Goethe, Friedrich Schlegel, Wilhelm Schlegel, Friedrich Schleiermacher, Dorothea Veit o Hegel — logrando captar no sólo sus vidas como intelectuales, pero también su faceta de hombres comunes y corrientes, lo que ayuda mucho a formarnos una idea sobre sus vidas diarias. También en sus cartas, existen detalles sobre su personalidad, sobre problemas de su tiempo, pero también ideas que están relacionadas con el romanticismo de Jena.

4. Rahel Levin Varnhagen

La continuadora de Caroline en esta batalla con los prejuicios y para la libertad, fue Rahel Levin Varnhagen quien dedicó su vida a la escritura. A pesar de esto, pocos recuerdan hoy de ella. Sólo el escrito de Hannah Arendt³ representa el testimonio de la vida de Rahel, por lo demás, el tiempo ha cubierto los recuerdos, y la que fue una de las más importantes personalidades de final de siglo alemán, cayó totalmente en olvido.

En un periódico de 1837 llamado *Revue de Paris*, era descrita de la siguiente manera por un amigo suyo: “Rahel tenía la mente de un sabio, el corazón de un apóstol, y a pesar de esto, era una niña y una mujer

³ Hannah Arendt, *Rahel Varnhagen. Lebensgeschichte einer deutschen Jüdin aus der Romantik* escrito traducido en inglés como: Hannah Arendt, *Rahel Varnhagen. The Life of a Jewess*, aunque la traducción sería: Rahel Varnhagen, *Historia de vida de una mujer judía alemana del romanticismo*. Aún escrito alrededor de 1920, el libro fue publicado mucho más tarde, después de la Segunda Guerra Mundial.

como cualquiera puede ser” (Tewarson 1998, p. 1) Interesada en literatura, filosofía y educación, la inteligencia que caracterizó a Rahel hizo de esta escritora una persona crítica del ideal femenino de su época, un outsider, una mujer que se opuso a la tradición canónica, así como la describe Heidi Tewarson (Tewarson 1998, p. 2) y como afirmaba George Brandes que es “la primera mujer moderna de la cultura alemana”.

Su estilo fue caracterizado más como ensayístico que poético o narrativo, un estilo peculiar que dio como resultado una “obra de gran originalidad” (Key 1913, p. 2), aunque no una obra “tradicional”. Una escritora así, no puede más que caracterizarse por una personalidad peculiar, una mezcla de sensibilidad estética, con una consciencia ética y una complejidad psicológica, todas reflejadas en una energía intelectual difícil de seguir y alcanzar.

A pesar de que nunca se asumió como filósofa, Rahel siempre vivió apegada a la filosofía por eso que para ella la filosofía y la literatura no sólo eran ámbitos de pensamiento y estudio, sino representaban la guía de la formación de sí mismo; es decir, deberían tener un papel fundamental en el conocimiento de sí mismo.

Es mediante la literatura y la filosofía como Rahel empieza a poner las bases de innovadoras ideas sobre la educación igual que sus contemporáneos Friedrich Schiller, Friedrich Schleiermacher o Wilhelm von Humboldt. Dado el ámbito peculiar de aquella época, se define con más énfasis cuál debería ser el papel de la educación en la vida de una persona, desarrollándose así todo el tema de la *Bildung*. A partir de esto, Rahel misma llega a tener una idea clara sobre la educación, afirma: “Una persona educada no es aquella a quien la naturaleza ha tratado espléndidamente; una persona educada es una persona que utiliza los talentos que tiene,

la amabilidad y la sabiduría, correctamente y para el más alto propósito; es una persona que puede mirar con firmeza sobre qué es de lo que carece y darse cuenta de lo que le falta. En mi mente se trata de un deber no de un regalo y constituye para mí un ser humano educado” (GW I. 35).

No se trata sólo de adquirir un conocimiento sino se trata de la capacidad con la cual uno descubre su vocación, traducida en alcanzar la formación de su carácter para servir a los demás mediante la comprensión, la tolerancia, el amor y la verdad.

A partir de estas ideas, si hay algo que mejor caracteriza la personalidad de Rahel es la apertura hacia el otro, la sociabilidad, la amistad y el amor. Como bien afirmaba en una de sus cartas, su primer pensamiento siempre fue responder al mal con el bien. Llegar a esta actitud no fue fácil pero la lucha contra los límites de la sociedad, la lucha contra los límites de su propia familia y la comunidad judía, brindaron a Rahel la fuerza y la inteligencia de encontrar el camino para vivir desde la libertad y ser sí misma.

El modo de luchar fue mediante la cultura. Así es como crea su primer salón, una pequeña sociedad para que las personas, de diferentes niveles sociales y diferentes ocupaciones, puedan interactuar, intercambiar ideas y comprender la diferencia y peculiaridad del otro para así desarrollar su mente y su espíritu. Dentro del salón — por donde pasaron muchas figuras importantes del momento — casi todas remarcaron la personalidad interesante, la inteligencia y la sociabilidad de Rahel. Ya manejaba muy bien el arte de la conversación y con su espíritu cautivo lograba mantener un equilibrio entre todas las personas presentes que tenían visiones opuestas u orígenes sociales y religiosas diferentes. Con su inteligencia, Rahel sabía lograr una armonía en la conversación.

En su salón no sólo eran la literatura, el arte y la cultura en general, los temas de conversación, sino también se tenía un interés particular en desarrollar una mentalidad igualitaria mediante las relaciones sociales. Por lo cual era muy importante que estos encuentros tengan como base la idea de sociabilidad y Rahel expresaba la sociabilidad en su modo de hablar, de pensar y de tratar a todos sus huéspedes.

Esta gran cualidad de su personalidad también la hizo muchas veces vulnerable ante los demás ya que, como en cualquier comunidad, con formas de pensar diferente, no todos respondían con la reciprocidad; es decir, había algunos que “apreciaban la casa abierta de Rahel con su espíritu libre y cosmopolita, pero no todos sentían la necesidad de abrir sus puertas a este nuevo fenómeno cultural” (Tewarson 1998, p. 41).

5. Los rasgos filosóficos del pensamiento de Rahel Levin Varnhagen

Sin embargo, la mayoría de los intelectuales de aquel tiempo, admiraban a esta mujer como es el caso de Friedrich Schleiermacher, quién encontró en la apertura y la sociabilidad de Rahel una fuente de inspiración para la creación de su ética fundamentada en el principio de sociabilidad (comunidad). Rahel no fue indiferente al aprecio de Schleiermacher y respondió en el sentido de que fue una seguidora y continuadora de las ideas del filósofo quien, al ser partícipe de los encuentros en el salón, estaba convencido de que las mujeres educadas eran las poseedoras de la capacidad de unir a la gente, mediante una virtud peculiar, que daba lugar a la creación de la comunidad mediante la sociabilidad.

Friedrich Schleiermacher, entre los románticos, fue el primero en proponer una “filosofía de la comunidad” inspirado en la comunidad creada alrededor de Caroline Schlegel y luego inspirado en la comunidad creada por Henriette Herz, otra personalidad femenina de la época. La comunidad se da, para Schleiermacher, en el momento en el cual existe una comprensión recíproca, a la que él llama comprensión humana, que necesita tanto de la razón como de la sensibilidad una característica de lo femenino. En otras palabras, una comunidad está hecha de seres humanos que no renuncian a lo que cada uno tiene de peculiar; por lo cual cada miembro de la comunidad debe ser tratado de manera singular y mediante el respeto. En su escrito *Monólogos* afirmaba que el ser humano debe formarse de tal manera que su individualidad se vea reflejada en la comunidad.

Aunque el ídolo de Rahel siempre fue Goethe, no podemos no percibir esta afinidad de ideas con Schleiermacher al cual admiró toda su vida y de donde partió en el desarrollo de sus ideas sobre la sociabilidad e implícito de la comunidad.

Rahel parte de la idea de que no existe, desde un punto de vista de la inteligencia, una diferencia entre la mujer y el hombre, ya que la tarea de los dos, como seres humanos es de mejorar el mundo y hacerlo humano. Mejorar el mundo debe ser posible debido a la sociabilidad que para ella representa el aspecto integral de la existencia humana y de todo aquello que es moral (Tewarson 1998, p. 43); es el principio fundamental que define la persona, su existencia y su acción. Sin la sociabilidad un ser humano no tiene sentido; es decir, vivir aislado sin esta capacidad de relacionarse con los demás, significa vivir una vida vacía. De esta manera, para Rahel una persona lo es en la medida en que reconoce en el otro la

misma imagen: “el otro es yo”, afirma; y en este acto de reconocimiento se refleja la idea de sociabilidad.

Estas ideas, aunque no argumentadas en algunos escritos filosóficos, hacen que Rahel pueda ser reconocida como una precursora del pensamiento judío sobre la alteridad (Cohen, Rosenzweig, Buber, Levinas) resaltando mediante el concepto de sociabilidad la capacidad de ser persona y de ver en el otro el reflejo de uno mismo. Para Rahel “el hombre es una obra de arte dado a sí mismo como una tarea. El material, el artista y el taller están contenidos dentro de nosotros mismos. [...] Con cada relación particular, algo nuevo es creado y sólo por esta razón ese algo es deseable, vigorizante, alegre, noble, real” (Kemp 4:265- I:340).

El ser humano tiene la tarea de hacer de su vida una obra de arte pero que tiene valor sólo si el hacer está en relación con los otros seres humanos. No extraña en este sentido que toda su idea sobre educación, en relación a la *Bildung*, se centra en la idea de desarrollo de la persona para formarse como un ser para los demás, como un ser ‘sociable’ de comunidad, es decir ‘relacional’.

Rahel niega la idea de persona como objetividad ya que para ella cada ser humano se ve a sí mismo como cóncavo, mientras que a los otros los vemos de manera convexa, por lo cual cuando tratamos de penetrar dentro del pensamiento del otro, nos encontramos a nosotros mismos y esto hace cualquier objetividad imposible. Debido a este reflejo en el otro, existe para Rahel una semejanza entre las personas. Para ella la relación entre los seres humanos debería ser como la extensión de un brazo; es decir el otro debe ser mi extensión, mi continuación. De aquí que se podía identificar en sus ideas, una propuesta no sólo antropológica sino también ética.

Es decir, desde la perspectiva de Rahel para alcanzar la relación con el otro diferente se debe partir en primer lugar de la liberación de los prejuicios, ya que, si no, la existencia del ser humano se desarrolla en relación con ‘pequeñas moralejas’ y ‘pequeñas leyes’. Por eso, su punto de partida es un cuestionamiento de la moralidad misma, ya que ésta no puede quedar establecida para siempre. No exageramos si decimos que Rahel declara una guerra al “orden establecido” de su época. Afirma en este sentido: “La época actual está enferma con tales viejas ideas. Toda existencia es progresiva, gana sin cesar en la visión intensiva; de esta manera la vida terrenal se levanta y queda fuera de sus límites. Más clara la visión que obtenemos, más entraremos en armonía con la vida misma. La vida no es una repetición muerta, sino un desarrollo desde adentro” (Key 1913, pp. 49-50).

Rahel cree no en el desarrollo de la vida en sí, como algo separado de la existencia humana, sino cree que una vida elevada es una vida donde hay movimiento, un movimiento del espíritu, de la interioridad para alcanzar la comunión con el otro. En relación a esta idea de desarrollo, de movimiento, está implícita la idea de libertad y responsabilidad. Para Rahel, nuestras acciones son los hijos de nuestras ideas, por lo cual uno debe ser responsable de formarse una idea de cómo quiere ser y cómo quiere vivir (*Bildung*). Todo lo que significa acostumbrarse con una forma de ser y pensar, lleva a la muerte del movimiento del espíritu, a una repetición sin sentido. Por eso, los seres humanos tendrían que mover su espíritu siempre en relación con las leyes eternas; sólo así la vida se renueva, como una resurrección.

Sin embargo, lo que llama la atención es la fundamental idea de Rahel sobre cual descansa su planteamiento ético si lo podemos llamar así; es decir, la idea que sólo cuando una persona sigue sus más profundos

requerimientos, que nacen en la interioridad, sólo entonces es fiel a sí misma, y cuando es fiel a sí misma, una persona es moral (Key 1913, p. 57). Este acto de ser fiel a sí mismo, significa tener carácter.

Rahel no escribió ningún tratado filosófico, sólo cartas que en el fondo representaban una continuación necesaria y natural de las conversaciones que practicaba en su salón. Las cartas, que son alrededor de 10.000, representaron su modo de seguir dialogando y de cultivar la “sociabilidad” ya que era un modo de explorar los más profundos sentimientos, las más íntimas vivencias para así poder tanto comprenderse ella misma como revelar algo de su interioridad hacia los otros.

No sorprende el hecho de que en muchas de estas cartas encontramos también un tipo de auto-retratos, realizados no por egolatría, sino por una necesidad vital de comprenderse a sí misma, de conocer sus cualidades y sus defectos para así poder contribuir más y más al desarrollo o la modelación de su propio carácter. El reflejo de sí misma en las cartas era un modo de auto-crítica ya que Rahel es la primera en guiarse tras las palabras de su ídolo, Goethe, quien afirmaba que “ser correcto en todas las cosas significa tener la capacidad de destruir tu propio ego”. Y Rahel esto hacía en sus epístolas: buscaba con mucha valentía re-evaluar su propia vida reflejada en los ojos de sus interlocutores de diálogo. No podía renunciar a su más alto ideal: vivir luchando para alcanzar la verdad y para esto tuvo que luchar con sus propios prejuicios, con sus costumbres, con su familia, con sus amores, con sus amigos, con la sociedad. Para esto, como ella misma afirma, tuvo que morir muchas veces a sí misma.

Rahel tomó muy en serio sus cartas, es decir, no eran un simple pasatiempo, sino su propio modo de descubrir la realidad, de comprender a los otros y más a sí misma y de poner en práctica su ideal ético de vivir

en acuerdo a la esencia de nuestra propia naturaleza para poder alcanzar la comunidad.

Nunca renunció a este ideal, es más afirmaba que el único “dios” en el cual creía era la verdad. Sabemos que Rahel provenía de una familia judía, pero el judaísmo nunca representó para ella una bandera; quería vivir una vida sin ser marginada por algo con lo que ni siquiera se identificaba y cuando se casó con Karl Varnhagen se convirtió al cristianismo. No entraremos en esta parte de la vida de Rahel, sin embargo, el hecho de ser marginada, inclusive cuando se había convertido y ver cómo muchos amigos la estaban evitando, la hizo apegar-se con más fuerza a su idea de tolerancia y sociabilidad.

Después de todos los cambios sociales y políticos y de la experiencia que ella misma vivió como judía, Rahel estaba más y más convencida de que sin la libertad no es posible ninguna relación humana, y menos la creación de comunidad, ya que la libertad es la esencia de cualquier diálogo mediante el cual la comunicación puede realizar su objetivo de ser un medio para alcanzar la humanidad. Por eso, como afirma Heidi Tewardson, el salón de Rahel representaba, debido a sus ideas que trataba de implementar, “un oasis de liberalismo” (Tewardson 1998, p. 186), dentro de un ámbito bastante tenso y conservador.

Una mujer así, tuvo que batallar con su tiempo y desde joven tuvo que enfrentarse con la desventaja de ser mujer. Más tarde, cuando ya se le reconocían sus capacidades intelectuales, tuvo que enfrentarse al constante prejuicio de que una mujer dedicada a la vida intelectual no sólo “pierde su feminidad” sino “falla en cumplir su destino”. Desafortunadamente y a pesar de la batalla de varias mujeres para la idea de emancipación, todavía la mujer era vista con sospecha cuando se trata de trabajo intelectual y de

la decisión de dedicar su vida a una vocación. Para la mayoría, una mujer así representaba un “fracaso”.

A Rahel estos prejuicios sociales no le importaban. Se implicó en varios problemas de su época, en el tema de la igualdad intelectual del hombre y la mujer y no le interesaba la política, pero siempre batalló por la libertad; sin embargo, desde nuestra perspectiva Rahel fue más preocupada por tema del Bildung, en el sentido de ¿qué es aquello que debe hacer una persona para llegar a ser persona?, y ser capaz de entablar una relación personal, fundamentaba en el amor y la tolerancia, en otras palabras, la sociabilidad. De una manera ella misma contesta mediante una idea que fue la guía de su propia vida: “Nuestra felicidad futura consistirá en llegar a conocer algo nuevo cada momento” y a este pensamiento añade “sólo así podemos ser libres y contribuir a la creación” (GW 3:581).

6. Conclusiones

El filósofo y sociólogo George Simmel afirmaba que “la cultura es femenina” en el sentido de que ha sido la mujer el pilar más fuerte sobre el cual se ha levantado nuestra cultura occidental. Desde las Musas que inspiraban a los poetas, pasando por Atenea la diosa de la sabiduría y la civilización, hasta la Virgen María que es un símbolo sobre el cual descansa la tradición cristiana, entendemos cual ha sido, durante la historia, la fuerza de lo femenino dentro de la cultura. Pero esta fuerza se ha manifestado siempre cuando la mujer ha sabido usar su inteligencia para edificar. Para que esta fuerza tenga continuidad, para poder potenciar el genio masculino y para crear cultura, la mujer necesita revalorizarse a

sí misma y entender que su labor no es “conquistar lo masculino”, sino construir lo duradero mediante el amor, la sensibilidad e inteligencia. Si la mujer abandona su naturaleza, si se olvida de la sensibilidad, de su capacidad de engendrar vida, de entregar al otro lo que mora en ella, si se olvida del refinamiento, de la belleza y del cultivo del carácter, existe el peligro de una desvalorización de lo femenino y una pérdida de credibilidad. Y cuando lo femenino se desvaloriza, lo masculino pierde fuerza. Como afirmaba Søren Kierkegaard no se puede ser mujer y actuar como hombre ya que esto hará que la mujer sea más débil, pues dejará de vivir conforme a su naturaleza; es decir, dejará de ser mujer y nunca llegará a ser hombre.

Referencias

Nota: las cartas citadas de Caroline Schlegel Schelling son traducidas de la edición: Caroline Briefe aus der Frühromantik edición ordenada por Erich Schmidt en 1913.

GW – Rahel-Bibliothek, Rahel Varnhagen: *Gesammelte Werke*, Ed. Konrad, Uwe Schweikert and Rachel E. Steiner. Munich: Matthes & Seitz, 1983, Vols. 1-10.

Kemp - Rahel Varnhagen: *Briefwechsel*, Ed. Friedhelm Kemp. Munich: Winkler, 1983, Vols. 1-4. Las traducciones al español de los textos en inglés son propias.

Blackwell, J.-Zantop, S. (eds.). 1990. *Bitter Healing. German Women Writers 1700-1830. An Anthology*. Lincoln-London: University of Nebraska Press.

Brandes, G. 1905. *The Romantic School in Germany*. London: William Heinemann.

Bruford, W. H. 1975. *The German Tradition of Self-Cultivation. 'Bildung' from Humboldt to Thomans Mann*. Cambridge: Cambridge University Press.

Fabre, M. 2011. “Experiencia y formación: la Bildung”. *Revista Educación y Pedagogía*, 23/59. Colombia: Universidad de Antioquia.

- French, L. 1996. *German Women as Letter Writers: 1750-1850*. London: Associated University Press.
- Friedrichsmeyer, S. 1992. "Caroline Schlegel-Schelling: A Good Woman and No Heroine". In K. R. Goodman-E. Waldstein (eds.), *The Shadow of Olympus. German Women Writers Around 1800*. New York: State University of New York.
- Key, E. 1913. *Rabel Varnhagen. A Portrait*. New York-London: G. P. Putman's Sons.
- Lipovetsky, G., 1999. *La tercera mujer. Permanencia y revolución de lo femenino*. Barcelona: Ed. Anagrama.
- Tewarson, T. H. 1998. *Rabel Levin Varnhagen. The Life and Work of a German Jewish Intellectual*. Lincoln-London: University of Nebraska Press.